

La agonía de la República:

María Ruipérez

JOSE del Río, último superviviente de los miembros de la Junta de Defensa de Casado como Consejero de Instrucción Pública, nos ofrece un testimonio estremecedor de los últimos días de la Segunda República española, cuyo 50 aniversario celebramos este año. Dedicado a la política desde muy joven, José del Río ingresó en la FUE y fue delegado de las cuatro Universidades de Farmacia en su Primer Congreso Extraordinario. Más tarde, se afilió al Partido Radical-Socialista, y fue nombrado vocal del Comité Ejecutivo de las Juventudes, de las que llegó a ser Presidente en 1931. Al fundarse el partido de Unión Republicana, José del Río ingresó en sus filas como militante. Al iniciarse la guerra civil, desempeñó el cargo de Secretario General del Comité Nacional de las Juventudes de UR, y el de Secretario General de la Agrupación de Madrid. Cuando se derrumbó el frente de Cataluña, y al no regresar a Madrid —ni a España— los Comités Nacionales de UR, José del Río fue elegido por unanimidad Secretario General del partido. Como tal, y elegido también por unanimidad —salvo su propio voto—, participó desde el primer momento en la formación de la Junta de Defensa como Consejero de Instrucción Pública. José del Río, a través de su larga conversación, nos cuenta cómo fueron los últimos días de la guerra civil, y su participación en los acontecimientos como testigo de excepción.

CONSTITUCION DE LA JUNTA DE DEFENSA. EL GOLPE DE CASADO

T. de H.—¿Cómo se preparó el golpe de Casado del 5 de marzo de 1939?

José del Río.—Hay muchas versiones, pero la mía es la siguiente. Dada la gravedad de la situación, y al ver que había dimitido el Presidente de la República, y que el Presidente de las Cortes no venía a España, porque no podía hacerse cargo de la Presidencia, al no poderse celebrar constitucionalmente unas elecciones generales de compromisarios, quedaban unas Cortes no ilegales, pero que numéricamente no correspondían a la realidad: porque habían sido elegidos para esas Cortes 473 diputados, y sólo 62 asistieron a la reunión de Figueras. Luego si la democracia es un régimen de las mayorías, tenemos que pensar que era muy discutible, no la legali-

dad, sino el funcionamiento de esas Cortes. Entonces yo, al darme cuenta de esta situación, convoqué al Comité Nacional de mi partido, Unión Republicana, y propuse visitar a Besteiro. La finalidad de esta visita era decirle cuál era nuestro pensamiento, y recabar de él su consejo para ver qué podíamos hacer en aquellas circunstancias. Cuando yo le hice la exposición —ya he dicho muchas veces que la hice sin ningún dramatismo, sino fríamente—, Besteiro nos dijo que hacía unos días le había visitado el coronel Casado, que le había hablado de la situación, y que a él le había contestado lo mismo que a nosotros: que la situación era insostenible, que había que buscar la paz, que había que buscar la concordia entre los españoles, y evitar a toda costa el derramamiento de sangre; y que para esa función específica, lo mismo que le había dicho a Casado que se podía contar con él, nos lo decía a nosotros, felicitándonos porque éramos el primer partido

Habla José del Río Rodríguez



Consejo Nacional de Defensa

El Excelentísimo Señor Don

José del Río Rodríguez desempeña el cargo de Consejero de *Instrucción Pública y Sanidad* del Consejo Nacional de Defensa.



El titular.

José del Río Rodríguez

Madrid *13* de *Marzo* de 1939.

El Presidente del Consejo Nacional de Defensa,

José Miaja

político que se acercó a él para este intercambio de impresiones.

T. de H.—Pero, ¿cuáles fueron los pasos concretos que llevaron a la constitución de la Junta de Defensa?

J. del R.—Esta es otra parte. La Junta no se gestó en la forma que han explicado muchos historiadores y escritores. Hubo un paralelismo en varias gestiones. Yo he explicado ya en algunos artículos que hubo la intención de constituir un Gobierno estrictamente militar para ponerse en contacto con Franco y buscar la paz; este intento fracasó, pero estaba potenciado legalmente, puesto que siendo todavía Presidente de Gobierno Negrín, el día antes de la caída de Barcelona, el 23 de enero, el Consejo de Ministros aprobó un Decreto en virtud del cual se nombraba a Miaja general en jefe de todos los Ejércitos de la Zona Centro-Sur, y se le ordenaba al mismo tiempo que declarase el Estado de

Guerra. Lo que quería decir que todo el poder de la Zona Centro-Sur pasaba legalmente al Gobierno militar. Este Gobierno no se llevó a efecto, porque aunque se celebraron conversaciones en Valencia, en las que participaron Miaja, Matallana, Menéndez, Buiza, Camacho, Casado y algunos otros militares, éstos se dieron cuenta de la posible reacción violenta de los partidos políticos y de las organizaciones frente a un Gobierno estrictamente militar. Por eso, Casado cambió su plan primitivo y pensó en dar un golpe militar contra un Gobierno dimisionario—había dimitido el Presidente de la República— y que como tal no tenía capacidad para transmitir poderes a nadie. Entonces, Casado celebró conversaciones privadas: primero, con los representantes de la CNT; luego con el Partido Socialista, y en especial con Wenceslao Carrillo, quien lo planteó a la Agrupación Socialista Madrileña, que le dio su representación para proseguir las conver-

saciones con el coronel Casado; con Izquierda Republicana, a través de Miguel San Andrés, también como representante de la Agrupación de Madrid, y con Besteiro, que aunque entró en el Consejo a título personal, acabó como representante del Partido Socialista.

T. de H.—¿Cuándo se integró usted en el Consejo?

J. del R.—En mi caso concreto, yo planteé la adhesión de mi Comité como secretario general, por teletipo, a Casado y a Besteiro desde el Gobierno Civil de Albacete. Unos días antes, me había llamado Casado por teléfono y me preguntó: «¿Qué sabe usted de don Diego (Martínez Barrios)? ¿Va a venir o no va a venir como Presidente de la República?» Yo le dije que no teníamos ninguna noticia. Y cuando me preguntó: «¿Y su opinión personal?», le contesté: «Coincide con la de usted, que no viene». Yo inmediatamente me fui a Albacete a una reunión del Comité Nacional de Unión Republicana, y al volver a Madrid, acompañado de los miembros del Comité Nacional que estaban allí, éstos dijeron que creían que debía ser yo el representante de UR en el Consejo. Yo me opuse, y propuse en mi lugar al vicepresidente de la Agrupación de Madrid, José Polo de Bernabé; pero por mayoría abrumadora, excepto mi propio voto, el Comité Nacional de UR me

designó a mí como representante en el Consejo.

CASADO Y LOS MANDOS MILITARES. JUSTIFICACION DEL GOLPE DE ESTADO

T. de H.—¿Cuáles fueron las relaciones de Casado con los mandos militares? ¿Con qué mandos contaba para dar el golpe militar?

J. del R.—Yo creo que Casado —quizá engañado— actuó de forma un poco optimista, porque no concertó entrevistas con los distintos representantes de los Cuerpos de Ejército. En Madrid había cuatro Cuerpos de Ejército: el primero lo mandaba Bueno; el segundo lo mandaba Barceló; el tercero, Ortega, y el cuarto, Cipriano Mera. Habían mantenido conversaciones, y muchos de ellos estaban de acuerdo con el proyecto primitivo de Casado de constituir un Gobierno exclusivamente militar. Como Casado cambió la táctica anterior, y adscribió al futuro Consejo elementos civiles, esto les desorientó en parte. Como, por otra parte, existía el compromiso de constituir el Gobierno militar presidido por Miaja, hubo una gran desorientación en esos mismos mandos; y la demostración de esto es que soy testigo presencial (y lo refleja muy bien en su libro García Pradas) de la llamada del general Miaja al coronel Casado. En esa ocasión,



La madrileña Puerta del Sol, durante la guerra civil.

Miaja le dijo: «Te has anticipado a todos, porque yo tenía el Manifiesto escrito para dirigirme por radio al país anunciando el Gobierno que se iba a formar».

T. de H.—Pero, ¿había hablado Casado con los mandos militares comunistas?

J. del R.—Nunca. No se podía contar con los comunistas. Incluso se tuvo que precipitar el acto del 5 de marzo, porque Negrín, a raíz de una reunión con todos los mandos militares celebrada en Los Llanos, en la que todos los militares se opusieron a continuar con la consigna de la resistencia, se quedó solo. Después de haber opinado todos los mandos, y después de que el mismo Almirante Buiza amenazó con que si no se llegaba a una fórmula con Franco para terminar la guerra, él desertaría con la Flota (cosa que hizo después), Miaja se molestó y le dijo a Negrín: «¿Y yo no opino aquí nada?», y Negrín le contestó: «Mi general, es que por su alta graduación le he dejado para el final». Entonces Miaja, de una forma categórica, dijo: «Pues yo opino que debemos resistir hasta el final, y no hay que buscar ningún contacto con Franco». Miaja rectificó después, influido —esto no sé si se sabe o no— por un hombre eminente y un gran militar, el general Matalana: Miaja llegó a Madrid a incorporarse al Consejo, y aceptó la Presidencia tres horas después de que llegara yo.

T. de H.—Usted ha afirmado en varias ocasiones que cuando Casado dio el golpe del 5 de marzo, la guerra estaba perdida (en realidad usted afirma que estaba perdida desde la caída de Barcelona), entre otras razones por la dimisión de Azaña como Presidente de la República y por la deserción de los principales dirigentes republicanos. Sin embargo, existe la opinión de que si se hubiera resistido unos meses más, se habría podido enlazar con la Segunda Guerra Mundial, y se habría evitado el desastre final republicano y la represión franquista posterior. ¿Había condiciones objetivas para seguir resistiendo con el Ejército de la Zona Centro-Sur? ¿No se precipitó Casado con el golpe militar?

J. del R.—No. No hubo precipitación. Y además la pregunta tiene varias respuestas. Por un lado, el golpe se precipitó, porque el PCE puso a todos los hombres de su confianza como mandos militares para mantener la resistencia. Siempre se ha dicho que Negrín nos acusó de haber precipitado el término de la guerra, en un momento en el que se veía venir el enfrentamiento de Alemania e Italia con los demás países europeos,



Julian Besteiro, representante del sector moderado del socialismo español, presidió las Cortes Constituyentes de la república en 1931. En marzo de 1939 presidía la Junta de Defensa de Madrid.

y de que por eso nosotros teníamos la gran responsabilidad de haber impedido que España participara al lado de los aliados. Pero esa creencia que tienen muchos historiadores (entre los cuales la incluyo), y que es la misma tesis defendida por el Partido Comunista, no tiene ninguna evidencia. Entre otras cosas, porque la guerra civil estaba dirigida por Alemania, y no por Franco; éste dependía de Alemania, y a Alemania le interesaba seguir su política de irse comiendo país por país, y dejar zanjado el problema de España lo antes posible para tener aquí a un hombre de su confianza, como era Franco. Así Francia se encontraría a su espalda, en los Pirineos, con un enemigo potencial, el régimen de Franco. A quienes sustentan esta tesis, habría que decirles: si el afán nuestro era evitar sangre, ¿cómo es posible propugnar la continuación de la guerra a costa de más sangre, para entrar en la guerra frente a Alemania y producir todavía más víctimas?

T. de H.—Pero yo pienso —y perdone que le interrumpa— que quizá los miembros de la Junta fueron demasiado ingenuos al creer que podía evitarse más derramamiento de sangre,



El presidente de la República, Manuel Azaña, con el general Rojo en el frente de Madrid, en 1937.

conociendo la brutal represión franquista en las zonas donde había entrado el Ejército de Franco.

J. del R.—Yo no sé si pecamos de ingenuidad; de lo que pecamos, tal vez, fue de ser excesivamente patriotas. A través de la perspectiva que dan los años, cuando se habla de la resistencia objetiva, conviene saber que teníamos una relación de 1 a 7 en artillería, y de 1 a 14 en aviación. Comparando los Ejércitos, era muy superior el que tenía Franco, situado a todo lo largo del perímetro de la Zona Centro-Sur, y reforzado además con todas las unidades que venían de habernos batido en Cataluña. Con la potencialidad bélica que teníamos frente a la franquista, nosotros no podíamos resistir; la resistencia sólo habría servido para un mayor derramamiento de sangre. ¿Qué hubiera sido de Madrid con 10 ó 15 horas de bombardeos de la aviación y de la artillería para tomar nuestros parapetos y trincheras y entrar en la ciudad a sangre y fuego?; ¿cuántas víctimas se habrían producido? En cuanto a la población civil, ¿cuántas víctimas se produjeron en el éxodo desde Barcelona a los Pirineos, precisamente debido a la desorganización? Lo mismo se hubiera repetido aquí buscando los puertos.

Además, no cuentan sólo el armamento del combatiente, sino la situación de la población civil. Y yo quiero que usted recoja muy bien que cuando se produce el golpe de Estado, la Dirección General de Abastecimientos disponía, para suministrar víveres a la población de Madrid, que entonces era de un millón de habitantes, más los ocho millones distribuidos en todo el territorio republicano, de las siguientes cantidades (tenga en cuenta además que la población civil estaba ya exhausta, pasaba hambre y había llegado a los límites de la resistencia humana): 690.000 kilos de azúcar; 200.000 kg de alubias; 34.000 kg de carne congelada; 70.000 kg de garbanzos; 200.000 kg de guisantes; 412.000 kg de harina; 2.896.000 kg de lentejas; 9.541 latas de leche en polvo; 7.220 cajas de leche condensada. Y esto era todo lo que teníamos para abastecer a una zona de ocho millones, aproximadamente, de habitantes. No podíamos contar con los víveres que podrían venir de Francia por dos hechos reales: primero, porque estaba el bloqueo ejercido por el almirante Moreno al frente de la flota de Franco; y en segundo lugar, porque no teníamos más barcos ni más víveres que los que estaban contratados por la



El presidente del Consejo de Ministros, Juan Negrín, con el coronel Cordon, en febrero de 1938.

Campsas Gentibus, y los contratos de estos viveres y barcos fueron cancelados por Negrín, que dio orden al ministro de Hacienda Méndez Aspe para su cancelación, y nos dejó totalmente desabastecidos.

¿Cómo se podía seguir resistiendo desde el mes de marzo, y esperar a que se produjera el 3 de septiembre de 1939, la declaración de la Guerra Mundial, con 70.000 kg de garbanzos para una población de ocho millones de habitantes? ¿Y las municiones? No se fabricaban municiones porque no había materia prima, y lo ha descrito Wenceslao Carrillo perfectamente cuando él era comisario de municiones. Además —y sirva como un ejemplo de la situación—, cuando se producían fallecimientos de muerte natural entre los vecinos de Madrid, los cadáveres no podían ser sepultados muchas veces hasta que se encontraba madera suficiente para poder hacer un ataúd primitivo. Ante esta situación —no digo comparable al sitio de Girona, ni al de Numancia—, ¿cómo íbamos a esperar cinco meses para ir a otra guerra? Y, además, la finalidad del Gobierno de la República era la paz, no la guerra.

T. de H.—*Yo pienso que la finalidad del Gobierno de la República era ganar la guerra...*

J. del R.—*¡Si no teníamos ayuda de nadie ya para ganar la guerra, y las potencias occidentales no nos quisieron echar una mano! Y, además, yo me pregunto: ¿por quién luchaban las potencias occidentales: por una democracia, o por una dictadura? ¿qué potencia y qué ayuda nos podían prestar a los republicanos si en aquellos meses Rusia, tras el pacto con Hitler, ya se había desentendido de nosotros y del compromiso que había contraído —pagándolo nosotros en oro— para suministrarnos armamento, además de consejeros, que nunca llegaba a tiempo? La resistencia sólo la propugnaban dentro de España los comunistas frente a toda la opinión pública, porque frente a ellos estábamos todos los partidos políticos, no sólo los Comités Nacionales; por eso, cuando se creó el Consejo Nacional, las Diputaciones, los Ayuntamientos, los Frentes Populares eliminaron —no físicamente, que de eso también podremos hablar respecto al tema tan manido de la persecución a los comunistas— de sus cargos a todos los comunistas. Las potencias occidentales no quisieron ayudarnos porque sabían que en España había una dictadura comunista, en virtud de lo cual en el Ejército el 70 por 100 de los comi-*

sarios políticos eran comunistas, y la mayoría de los mandos militares eran también comunistas. Por eso, la pregunta que tenía que hacerse un hombre leal era: ¿por qué se luchaba, por la posibilidad de proclamar en España un Estado totalitario comunista, o por una República liberal y democrática, manteniendo el espíritu y la letra de la Constitución?

LA POLITICA INTERNACIONAL DE LA UNION SOVIETICA

T. de H.—*Dejando aparte la discusión en torno a si en España había una dictadura comunista, porque sería salirnos del tema, parece que usted piensa que la pérdida de la guerra de España no se debió solamente a la política de no intervención propugnada por Francia e Inglaterra, sino sobre todo a la política internacional de Stalin. ¿En qué se basa esta opinión?*

J. del R.—Hay un libro de García Pradas que se llama **La traición de Stalin**, y que lo explica muy bien. Rusia se dio perfectamente cuenta de la potencia bélica que tenía Alemania, y se fue asustando paulatinamente. La política de doble juego de Stalin fue la de creer, por un lado, que en España se podía proclamar fácilmente un Estado comunista. Hay que darse cuenta de la fuerza estratégica y política que hubiera tenido Stalin si en España se hubiera proclamado un Estado comunista cerrando el Mediterráneo. Y por otra parte, como no estaba armado suficientemente, tenía necesidad de ganar tiempo para poner en marcha su portentosa industria de guerra. Pero al mismo tiempo, y dentro de la misma jugada de carambola, quería dejar que se desgastasen los aliados frente a Alemania, porque debilitados Francia e Inglaterra, era más fácil para Stalin enfrentarse con Alemania una vez desgastada por la lucha con los aliados. Pero le salió mal la jugada... Pero los grandes causantes de la pérdida de nuestra guerra hay que buscarlos honestamente en los dos bandos. Por parte del nuestro: frente a la sublevación militar, que era un hecho sabido por todos, el Gobierno y los hombres que ocupaban cargos públicos de cierta importancia —y señalo el caso concreto de Prieto, cuando Casares Quiroga le llamó «menopáusico», porque le decía que el Movimiento iba a estallar—, Casares Quiroga o el mismo Azaña, sabían que el levantamiento militar se iba a producir y dejaron que se produjera. No hicieron nada para evitarlo; no dieron instrucciones a los Gobernadores civiles. Por eso tienen una te-

rrible responsabilidad, por haber permitido que Franco se sublevara. No lo hicieron por ser traidores a la República, sino porque fueron políticos con una visión muy estrecha. Ellos tenían presente que cuando se sublevó Sanjurjo el 10 de agosto de 1932, fue fácilmente batido, porque intervinieron los guardias de asalto, fue detenido en Ayamonte y condenado a muerte, pero finalmente fue amnistiado. Entonces, como había una fuerte lucha entre los republicanos y los socialistas, de forma tal que, al triunfar el Frente Popular, los socialistas nos hacían la vida imposible a los republicanos, Azaña y Casares pensaron que el movimiento militar iba a ser una repetición del 10 de agosto, y que batiéndole en veinticuatro horas, iban a tener una fuerza moral y material para decir a los socialistas, que estaban en plan revolucionario, que se estuvieran quietecitos, y que dejaran al Gobierno del Frente Popular —totalmente republicano— que gobernara en plan republicano; para decirles que no invadieran fincas, ni organizaran huelgas, ni boicotearan a los Gobiernos civiles. Esta es la realidad histórica. Tan culpables son unos por omisión, como otros por acción.

T. de H.—*Volviendo al tema del Consejo de Defensa, ¿cuál era la situación militar en aquellos momentos en los distintos frentes y cuerpos de Ejército?*

J. del R.—En nuestra zona la desmoralización era absoluta. A veces se piensa que el combatiente o el soldado carece de sensibilidad e inteligencia, que sólo le puede mandar el general o el coronel que es quien discurre, y el soldado, por espíritu de disciplina, obedece. Pero los soldados tienen tanta inteligencia como el coronel; y por eso, se dieron cuenta perfectamente de que el corte por Extremadura, la caída de Bilbao, la batalla de Brunete, el Ebro, etc., disminuían el mapa republicano. Los soldados no podían tener moral porque sabían lo que les esperaba. Y sabían también que se habían movilizado varias quintas de hombres de 40 y 50 años, a quienes no se les podía proveer de armamento, y que estaban concentrados en los centros de reclutamiento hasta que hubiera armas suficientes para poder salir al frente. Y sabían la debilitación de todas nuestras líneas. Luego, si de esto eran conscientes los soldados, ¿cómo no iban a ser conscientes también los mandos, incluso los comunistas, por muy comunistas que fueran y por mucha disciplina que se les impusiera? En una palabra, en nuestro Ejército no había moral para seguir la lucha.

LA LUCHA CON LOS COMUNISTAS

T. de H.—*¿Es cierto que el Consejo de Defensa persiguió a los comunistas partidarios de la resistencia, y para ello buscó el apoyo de los anarquistas, con el fin de impedir una sublevación militar contra el Consejo?*

J. del R.—No. Porque si triunfó el Consejo, no fue por una acción de tipo militar, sino precisamente por todo lo contrario: por un apoyo popular, que no se debió a la simpatía que podían inspirar las personas que constituían el Consejo, sino a que la gente deseaba la paz, y que la guerra se terminara, que se terminara el hambre y se terminaran los sufrimientos. En cuanto a la persecución de los comunistas por el Consejo, yo aseguro que es totalmente falso, que no hubo ninguna persecución contra ellos. Voy a señalar solamente un dato de tipo anecdótico: terminada la lucha con los comunistas, éstos mandaron un escrito al Consejo Nacional, diciendo que no solamente deponían las armas, sino que reconocían la autoridad legal, y acataban al Consejo de Defensa; y pedían, además, un puesto dentro del Consejo.

T. de H.—*Entonces, si como usted afirma, no se persiguió a los comunistas, ¿por qué se produjeron los tiroteos en Madrid? ¿Por qué hubo una guerra civil dentro de la guerra civil?*

J. del R.—Pero eso no fue persecución de los comunistas; es que cuando se creó el Consejo Nacional de Defensa, el Mayor Ascanio, de la VIII División, sacó varios batallones, y fue a tomar Madrid contra la Junta, para defender al Gobierno de Negrín, porque nosotros ya no reconocíamos la autoridad de Negrín. Y cuando se entabló la lucha, fueron ellos quienes la comenzaron; nosotros no les perseguimos, fueron ellos quienes emprendieron el combate, y fueron ellos quienes casi tomaron todo Madrid. Y nosotros tuvimos que buscar ayuda en el cuerpo de Ejército más leal que teníamos, el de Cipriano Mera, formar con él una columna, que dirigió Benigno González, para rescatar Madrid y derrotar a los comunistas.

T. de H.—*Esta alianza entre republicanos y anarquistas, ¿no fue una alianza «contra natura»?*

J. del R.—No. Yo creo que más «contra natura» es que un liberal-demócrata se apoyara en Rusia y recibiera apoyo de los comunistas, porque nosotros como republicanos tenemos más puntos de contacto con un libertario que con un comunista, porque son dictatoriales. Si los anarquistas buscan la libertad absoluta, nosotros buscamos una libertad legal. Entonces, con la ayuda de Cipriano



Milicianos madrileños en pleno «frente de batalla», en la Plaza de la Moncloa, durante la guerra civil.

Mera se logró dominar Madrid. Hay otra particularidad, que demostraba la baja moral en los Ejércitos: si el Ejército estaba en manos de los comunistas, ¿por qué no se sublevaron las unidades de Extremadura, de Andalucía y de Levante? No lo hicieron porque veían la guerra perdida, y no querían perder su corbata. Y además, el levantamiento comunista de Madrid fue sólo y exclusivamente del Comité Provincial de Madrid, porque cuando Jesús Hernández trató de organizar la resistencia para ir a Madrid, se encontró con que en el puesto de mando de los consejeros rusos, el último general ruso que quedaba, Borov, se estaba preparando para abandonarlo todo; y éste le dijo a Hernández que él no daba consejos, que había cumplido con su deber, y que se iba de España inmediatamente. Y cuando Hernández le preguntó: «Pero, ¿qué hacemos?», Borov le contestó: «Ese problema no nos interesa a nosotros. Ese es un problema de ustedes». Y el Comité Central del PCE no hizo absolutamente nada, porque sólo buscaba una plataforma propagandística. Esta fue la gran maniobra del PCE. Al producirse el movimiento comunista en Madrid, les sirvió en bandeja un arma formidable de propaganda: «Si no hubiera sido por la traición del Consejo de Defensa, nosotros habiéramos seguido hasta el final. Hemos cumplido con nuestro deber».

LAS NEGOCIACIONES CON FRANCO

T. de H.—*Tras la formación del Consejo, hubo una serie de conversaciones con Franco en Burgos para conseguir una paz honrosa. ¿Cómo se llevaron a cabo estas conversaciones?*

J. del R.—Al coronel Casado se le presentó un emisario, que era el jefe del servicio de espionaje de Franco, y le dijo que en la zona nacional había la mejor disposición para terminar la guerra con unas condiciones generosas que haría el Generalísimo, en virtud de las cuales se podría marchar de España, o quedarse, todo aquel que no tuviera las manos manchadas de sangre. Este fue el primer contacto que hubo. Entonces, cuando se constituyó el Consejo, a Casado se le facilitó una clave para poderse comunicar públicamente con los puestos de mando de Burgos por los micrófonos de Unión Radio. A tal extremo que, terminada la lucha con los comunistas, se produjo cierto malestar entre la población que no sabía qué significaban los números que se daban por la radio. Y tuvo

que hablar Besteiro para decir: «Nos hemos comunicado con el adversario, y los partes cifrados quieren decir esto». Y la gente se tranquilizó. Con esta clave nos dirigimos —con un texto que redactó Besteiro— a Franco para decirle que estábamos en disposición de entrar en negociaciones, que señalaran la fecha, y cómo sería el contacto. Y cuando se trató de este problema en Consejo, Besteiro dijo que, a pesar de la repugnancia que le producía tener que ir a la otra zona, lo haría en consideración a su alto concepto del deber, fuesen cuales fuesen sus sentimientos personales; y que él se ofrecía a ir a Burgos a hablar de las posibilidades de Paz. Como Besteiro era el más anciano —tenía entonces 69 años— y yo el más joven, me consideré también obligado a ofrecerme con la misma repugnancia que sentía Besteiro. Casado intervino, y dijo que los militares preferían, en cuestiones militares, tratar con militares profesionales; y que él proponía que el Consejo aceptara los nombres del general Matalana y el suyo propio para ir a Burgos. Y así se aprobó. Se comunicó a Burgos la decisión, pero nos contestaron que preferían militares de menor graduación. Y fue entonces cuando designamos —a propuesta de Casado— al teniente coronel Garijo y al comandante Ortega. Salieron en avión, el día 23 de marzo, acompañados por dos o tres jefes del servicio



El general Miaja, una de las figuras más prestigiosas del Ejército republicano, durante la guerra civil.



El comandante Barceló (tercero de izquierda a derecha, en la fotografía), con otros mandos del Ejército republicano, durante la guerra civil.

de espionaje. Y regresaron por la tarde. Nos reunimos en Consejo toda la noche para discutir las bases del acuerdo. Y volvieron a Burgos el 25 con nuestras contrapropuestas.

T. de H.—*¿Cuáles eran las propuestas de Franco, y cuál fue la respuesta del Consejo?*

J. del R.—La propuesta más importante de Franco es que él respetaría la vida de todo aquel que no tuviera las manos manchadas de sangre, que se respetarían las vidas y haciendas, y que comparecerían ante los Tribunales aquellos que tuvieran responsabilidades políticas, pero sin tener que pasar por los Tribunales militares. Nosotros pedimos que a los funcionarios civiles y a los militares profesionales se les respetase su cargo; que nosotros entregaríamos la zona en 25 días de una forma escalonada, por etapas, y que iríamos replegándonos hacia los puertos, contando con que podríamos disponer de barcos suficientes para organizar la evacuación. A ellos les pareció bien. A tal extremo lo aceptaron, que dijeron: «Siempre que ustedes nos comuniquen la salida de los barcos y de qué puerto para dar órdenes a nuestra flota para que no les intercepte el paso ni les

moleste». En cuanto al Consejo, Franco nos dijo que nos pedía a **todos** que nos marcháramos de Madrid y saliéramos al extranjero, porque de lo contrario tendríamos que comparecer ante un Consejo de Guerra. El plan de evacuación que teníamos era muy complejo, pero estaba muy bien estudiado por Casado, contra el que se han dicho tantos disparates, que la gente a fuerza de leer cosas se las termina creyendo.

Nosotros pedimos a Burgos que se recogiera esto por escrito, firmado por nuestros representantes y los de Franco. Pero ellos se opusieron, alegando que podía servir de plataforma política para la campaña de los partidos, y que no hacía falta firmar ningún documento. Esto se discutió mucho en Consejo. Y todos insistieron —excepto Besteiro, Casado y yo mismo— en que se debía exigir un documento firmado con esas condiciones aceptadas por ambas partes. Yo dije que aquel documento sería papel mojado, al no tener nosotros ninguna garantía de que Franco lo iba a cumplir. El hecho es que se acordó que, en la segunda entrevista —la del día 25 de marzo— llevarán ellos la propuesta

firme, que nosotros necesitábamos para garantizar nuestra actuación, y justificarnos ante nuestros partidos y la opinión pública, de que hubiera un documento escrito, y que en él se señalaran los acuerdos. Se volvió a discutir el tema, y no se llegó a ningún acuerdo, porque al irse a redactar los acuerdos, se hizo a nuestros enviados la pregunta de si se había entregado la aviación; porque lo que pidieron en la reunión del 23 de marzo en Burgos fue que, como un acto simbólico de buena voluntad, se enviasen escuadrillas de aviones para rendirse y entregarse en Burgos. Y, además, Matallana y Menéndez, como garantía de esta buena fe, se ofrecieron para presentarse en Burgos como rehenes. Tanto Garijo como Ortega dieron explicaciones de que por motivos técnicos se había demorado la entrega de la aviación hasta el día 27 ó el 28. Entonces, se rompieron las negociaciones, y con unas condiciones climatológicas pésimas salieron para Madrid los dos representantes del Consejo.

Nosotros, al saberlo, volvimos a reunirnos durante muchas horas para discutir la situación. Y acordamos mandar otro radio a Burgos diciendo que podía entregarse la aviación esa misma tarde o al día siguiente para evitar romper las negociaciones. Y la contestación de Franco fue que, al tener todo su dispositivo militar preparado y puesto a punto, comenzaba inmediatamente la ofensiva. Y efectivamente, comenzó la ofensiva.

T. de H.—*¿Y cómo reaccionaron Casado, Besteiro y usted mismo ante la ruptura de negociaciones por el general Franco?*

J. del R.—Pues reaccionamos prácticamente con un «sálvese quien pueda» Con dos aspectos. Uno, la situación difícilísima en que nos encontrábamos nosotros, hombres de los partidos, y que tendríamos que dar cuenta de lo que había sucedido. Y después de mucho discutir se acordó, a propuesta mía, ir a la radio y dar cuenta de lo que había sucedido. Y Besteiro redactó unas notas, que son el Preliminar del texto que yo leí por la radio, junto con los comunicados y las concesiones de Franco, y todos nuestros comunicados enviados a Burgos. Es decir, un resumen de todo cuanto se había intercambiado entre uno y otro mando. Y cuando ya vimos que nuestro Ejército no podía soportar la ofensiva, y que no tenía orden de resistencia, sin dar cuenta al Consejo, sino de «motu proprio», hablé por la radio el día 26 por la noche. Y después de hablar yo, Casado, sin dar cuenta a nadie, dio una orden de que se abandonaran las trincheras, las armas, y que



Cipriano Mera, líder cenetista, llegó a mandar el IV Cuerpo de Ejército, debido a sus dotes de mando, durante la guerra civil. Su actuación en la batalla de Guadalajara, frente a las tropas italianas, fue decisiva.

todo el mundo se replegase; es decir, que se abandonaran los frentes. Si esto lo hubiera propuesto el Consejo, yo hubiera votado a favor, como creo que todos los demás. No lo hizo, y por eso le han acusado de traidor; pero el hecho real es que, cuando se hable de víctimas, yo pregunto: «¿Por qué no se tiene en cuenta, cuando se juzga al Consejo de Defensa, que evitamos miles y miles de muertos, al no atacar las ciudades un Ejército tan poderoso como el de Franco Y que, además, no hubo bombardeos ni lucha: no hubo un solo muerto en lucha entre los dos frentes, porque el Ejército de Franco se paseó militarmente, tomando un pueblo, y otro, y otro, y no encontró resistencia. Y yo he visto caravanas por las carreteras —porque salí de Madrid el día 27 de marzo— de soldados que habían tirado los fusiles.

LA RUPTURA DE NEGOCIACIONES. EL PLAN DE EVACUACION DE CASADO

T. de H.—*Perdone, pero yo veo una contradicción, porque al preguntarle cómo reaccionó la*

Junta ante la ruptura de negociaciones, usted me contesta que con un «sálvese quien pueda». Pero antes usted me había hablado del plan de evacuación de Casado, previsto para estas circunstancias.

J. del R.—El plan de Casado era perfecto, aunque se desconoce, y yo no sé por qué los libros no lo dicen. Cuando terminó la lucha contra los comunistas, —el problema más grave con que se enfrentó el Consejo—, el mismo día 13 de marzo, al comunicarse a Franco nuestra disponibilidad para entablar negociaciones con él, Casado propuso un plan al Consejo, que era el siguiente. Supongamos que las negociaciones fracasan y tenemos que tomar medidas de retirada. Y entonces Casado —copiando al general Moore durante la guerra de la Independencia, que se encerró en La Coruña y allí mantuvo la resistencia— proponía evacuar la población civil de Cartagena (pese a no tener flota, porque ya había desertado), quedarnos allí y hacer fortificaciones a 100 km de radio con las mejores unidades militares. Y concentrar allí, al haberlo perdido todo, a los hombres más responsabilizados, y al no arriar la bandera de la República, llamar la atención del mundo de que estábamos allí cercados 30 ó 40.000 hombres con responsabilidad políti-

ca. Y todo lo que tenía que ofrecer Franco, si había presión internacional, era acceder a que saliéramos; y no es que nos premiara, nosotros no pedíamos condecoraciones, sino salvar la vida de esos miles de hombres. Para llevar a cabo el plan fue designado González Marín —representante de la CNT— como jefe supremo militar en Cartagena. Pero como el día 13 de marzo estábamos a la expectativa de la contestación del Gobierno de Burgos, no se hizo nada, porque no sabíamos cuál iba a ser la respuesta. Porque el problema era muy agudo, evacuar a toda la población civil de Cartagena. Y de esta forma, se echó encima el día 23, se precipitaron los acontecimientos, y no se pudo poner en práctica el plan.

No es justo achacar al Consejo la culpabilidad de que no se realizase la evacuación, sino a aquellos que pudiendo haber ayudado a realizarla no lo hicieron, y a los países que no quisieron, por temor, principalmente de molestar a Franco, estando tan reciente su reconocimiento. El Consejo concentró en Alicante a cuantas personas quisieron evacuar-se, sin lograrlo, y esto por falta de medios de transportes marítimos o aéreos que no estaban en manos del Consejo. Y, por tanto, el Consejo no pudo hacer milagros.



Una trinchera ocupada por milicianos, en la Casa de Campo madrileña, durante la heroica defensa de Madrid, en la guerra civil.

JUICIOS SOBRE EL CONSEJO DE DEFENSA Y SUS COMPONENTES

T. de H.—*¿Cuál es su balance de la actuación del Consejo de Defensa y de sus principales miembros?*

J. del R.—En mi opinión, yo no estoy arrepentido de lo que hicimos. Se hizo humanamente todo lo que se podía hacer. Si volviéramos a nacer otra vez, y las circunstancias se presentaran igual, yo haría lo mismo que hice entonces dentro del Consejo. En cuanto a las personas, en especial Besteiro, Casado y W. Carrillo, su conducta se puede definir en breves palabras: Besteiro era un ser heroico. Fue un hombre que estuvo contra la guerra—no como combatiente, sino contra el hecho de la guerra— desde el mismo momento en que se produjo; un hombre a quien se ha tildado de socialista moderado, y que no tenía nada de moderado, porque ideológicamente era el marxista más preparado que tenía entonces el PS; un hombre ecuaníme, justiciero, humanitario, discreto, correcto, respetuoso. Tan respetuoso que, cuando hubo alguna discusión violenta en el Consejo, este hombre prefirió callarse para no crear una situación de tirantez entre los consejeros. Y cuando acordamos que todos nos debíamos de marchar, y yo insistí a don Julián para que se marchara diciéndole que le podían matar los falangistas, me contestó que él no tenía miedo a que le fusilaran. Y me acuerdo que me dijo, poco más o menos: «A mis 69 años, a mi edad, y estando viejo y achacoso, si me fusilan, ¿qué más puedo esperar yo? Así puedo dejar una bandera de esperanza que guíe a las masas trabajadoras». Incluso hay quien ha escrito que Besteiro había perdido la fe en los hombres que habían dirigido mal el socialismo, como aquellos que se fueron a Francia y no quisieron volver a seguir luchando.

En cuanto a Casado, era un profesional militar muy justo y muy preparado. Fue profesor de táctica de la Escuela Superior de Estado Mayor y, como tal, fue profesor de la mayoría de los generales franquistas. Un hombre que se distinguió por sus ideas liberales y republicanas ya en el Consejo Superior en 1930, al juzgarse a los miembros del Comité Revolucionario, en el que defendió a uno de los encartados. Se le conceptuaba como un hombre muy republicano; extrovertido, muy simpático, muy agradable, muy honesto, muy discreto, que con su conducta se hizo

acreditor al título de hombre honesto, como lo demuestra el hecho de que en Londres vivió muy mal, y no aceptó ayuda de mucha gente que se la ofreció. De Londres se trasladó a Colombia de administrativo de una compañía y allí con un sueldo muy modesto defendió a su familia. Más tarde volvió a España, pidió sus haberes y se le reconoció el grado de comandante, y le concedieron una pensión de 14.000 pesetas al mes. Y con ella se ha muerto, no diré que en la más estricta miseria, pero sí en medio de una estrechez extraordinaria. Total, se murió pobre. Y esto dice mucho de un hombre que tuvo los cargos que tuvo, mientras muchos que le han atacado tanto no pueden exhibir este historial.

Otro miembro destacado del Consejo con el que tuve una gran amistad fue con W. Carrillo, al extremo de que vivimos juntos con otros amigos para podernos defender económicamente en Londres. Guardo de él un recuerdo imperecedero, porque era un hombre íntegro, cabal. Un hombre de gran temple, de gran carácter, muy sensible, muy padre de familia, muy amigo de sus amigos, un leal colaborador de Largo Caballero y de su misma escuela en cuanto a honestidad.

T. de H.—*Para acabar: ¿Cómo definiría usted a los miembros del Consejo de Defensa: como traidores, como ingenuos o como patriotas?*

J. del R.—No fuimos traidores, porque todos los consejeros han muerto de la siguiente forma (y voy a explicarlo porque es muy importante): Besteiro en la cárcel, condenado a muerte, no para fusilarle, sino para que muriese dentro sin asistencia médica; Miaja, en el exilio; W. Carrillo se sostuvo gracias a los sindicatos belgas que le permitieron que se muriese en una clínica; Miguel San Andrés, que cayó prisionero en Valencia, trasladado después a Pamplona, quedó ingresado en la enfermería donde por fin murió; Antonio Pérez quedó prisionero en Alicante. Y de los que nos salvamos de Eduardo Val no tengo noticias de que haya muerto ni de que viva; González Marín murió de camarero en un barco; Casado murió, como ya he dicho, casi en la miseria; y quedo yo, que me moriré como Dios quiera, y que creo que he prestado un gran servicio a la República y a mi causa, y nadie podrá decir que soy un traidor. Luego, la traición está rechazada. No se puede tacharnos de ingenuidad, porque el más joven de todos, que era yo, llevo militando en política desde los 18 años; luego no éramos tan ingenuos para no conocer la realidad. Y en



Julián Besteiro, miembro destacado del Consejo Nacional de Defensa, se dirige a la España republicana desde los sótanos del Ministerio de Hacienda, y en presencia de Casado (a su derecha), anuncia el fin de la resistencia de la capital de España.

cuanto a lo de patriotas, no me gustan los adjetivos de este tipo, ni señalar méritos; cumplimos estrictamente con nuestro deber. Nuestro deber, convencidos de que la guerra estaba perdida, era salvar vidas. Y salvamos muchísimas vidas, porque no hubo lucha, y los que se quedaron sin evacuar no fue porque nosotros no hicimos todo lo que pudimos, sino porque no tuvimos medios para hacerlo ni ayuda de los españoles que tenían medios para hacerlo, ni de las potencias que estaban interesadas en no malquistarse con Franco, porque acababa de ser reconocido por Inglaterra y por Francia.

El mismo día 28 de marzo, día de la entrada de las tropas en Madrid, Julián Marías escribía en el «ABC» madrileño: «La nota que el Consejo (se refiere a la nota que yo leí por

Radio dando cuenta del curso de las negociaciones con Burgos) ha dado a conocer a todos está cargada de algo infrecuente, por desgracia, nobleza. En toda ella no hay más que una preocupación: el interés de España y la vida de los españoles». Y por mi cuenta, agrego: ¡Con cuánta injusticia e impiedad se nos ha atacado a los miembros del Consejo, achacándonos, de forma exclusiva, todos los males habidos, y qué pocos españoles y no españoles han tenido la nobleza de reconocer que gracias a nosotros se salvaron miles de vidas al darse Franco un paseito militar ocupando los territorios que abandonábamos sin lucha, sin producirse una sola baja tanto en la población civil como en las unidades de combate que se retiraron de los frentes! ■
M. R.